

El Síndrome

El historiador Alfredo Bastimentos sufría de un mal pocas veces visto: el síndrome del recuerdo urbano. A plena luz del día, se le transformaban las imágenes y lo que sus ojos veían eran recuerdos, vistas de la ciudad décadas atrás. Su hijo mayor contó que la primera vez, Alfredo lo dejó en el Colegio La Salle en la avenida Balboa, y le preguntó por qué se dirigía al Club Miramar, si ese lugar no era para adolescentes. En todo caso, si era así, él lo esperaba en la entrada del Astillero Pinel, y señalaba al Club de Yates. Juan lo observó unos segundos, y creyó que aquello era producto de su buen humor de historiador. No le dio importancia, y hasta se fue sonriendo de las ocurrencias de su extravagante padre.

Tiempo después caminaba por la Cinta Costera al lado de la Avenida Balboa, cuando empezó a bracear en el aire y a pedir ayuda. La gente se acercó a auxiliarlo. Alfredo pedía que lo sacaran del agua, puesto que no sabía nadar. Sentado en la acera y más calmado, les explicaba a los transeúntes que, de golpe, se encontró nadando en la parte más profunda de la Playa de Bella Vista.

–¡Pero señor! ¡Esa playa fue destruida por la avenida Balboa, mucho tiempo atrás! ¡Hace más de cincuenta años!– le dijo uno de ellos.

–Ahora lo veo– fueron sus palabras luego de unos segundos de vergüenza.

En la zona de Costa del Este empezó a sentir cómo un tufo asfixiante le taponaba la garganta. Se abrió el nudo de la corbata. Se rasgó la camisa. Con aspavientos desesperados, trató de abrir la puerta. Casi se lanzó del vehículo en marcha. Le salvó la rápida acción de su amigo, quien frenó y le sostuvo las manos.

3 cuentos

POR GONZALO MENÉNDEZ GONZÁLEZ

–¡Me asfixio, me asfixio!– y con arcadas profundas se lanzó a la grama de la acera. Cuando recobró la calma, le confesó a su amigo que se vio en medio de los humos del vertedero de la ciudad y que los gallotes le picoteaban el cuerpo. Éste lo miró extrañado.

–Alfredo, no sólo no hay gallotes, sino que ese vertedero, el de Panamá La Vieja, no existe más– Lo miró con preocupación, y lo ayudó a subirse al auto nuevamente.

Las escenas raras se repetían. Su mujer estaba al borde del colapso, pues lo creía loco de remate. Un día, la llamaron las autoridades municipales para decirle que a su esposo lo habían rescatado medio desnudo, dándose un baño y tomando sol, bajo el puente del contaminado río Juan Díaz.

Esa vez no sólo lo bañaron en agua oxigenada y alcohol en la sede de la Cruz Roja, sino que discretamente llamaron a los psiquiatras del Hospital. Tras algunas discusiones, lo dejaron ir en manos de su esposa. Finalmente tuvo que ser aislado en el pabellón de los esquizofrénicos del Matías Hernández. La Sociedad Bolivariana y los Historiadores del Istmo argumentaron a su favor. Tras un tiempo, le dieron de alta. Los médicos no tenían un diagnóstico final. Dada la incertidumbre, parte de la junta recomendaba aire puro y reposo. Otros aseguraron que era un nuevo caso de locura contemporánea que podía contagiarse.

Todo marchó bien por años. Su familia lo aceptó otra vez. Alfredo se olvidó de esas viejas alucinaciones urbanas. Hasta fue nombrado Director del Instituto de Cultura durante el llamado *gobierno de los locos*.

Poco tiempo después de los escándalos de la restauración del Casco Antiguo, y de los desastinos de Bella Vista y San Francisco, lo vieron junto a otros, todos hablando en un inglés perfecto, dirigiéndose a lo alto, al cielo, en medio de una vía que alguna vez tuvo a un Roosevelt de bronce sentado en su silla, y que falsos nacionalistas fundieran para su beneficio propio.

Moacyr

Era Moacyr. Lo recuerdo como hoy. Estaba tirado en la acera, dormido, muy sucio y maloliente, babeando un hilo plástico inmóvil. Su piel era una costra oscura salpicada de lunares llagados. No hay duda que su figura resultaba desagradable a todos los sentidos y a todos los transeúntes. Ese día nublado, gris como tantos en Lima, la ciudad resultaba más difícil y áspera. Era un día seco y sin cielo. Corrían los primeros días de abril del año 2000.

Allí estaba tirado en la acera. Moacyr Barbosa. Ningún perro lo acompañaba. La botella en su mano derecha colgaba como marioneta dormida. Era un fantasma que en esa incómoda posición, denotaba cansancio. Quizás, diría con mayor certeza, algo de hastío y desesperanza.

Lo había conocido siendo un muchacho de bachillerato. Hacía años no sabía de él. Lo había visto celebrar feliz en las canchas de fútbol de Santa Teresa. La gente lo aplaudía y vitoreaba. Era capaz de hacerles túneles a los defensas, tanto de ida como de vuelta, y finalmente, con lujo de reyes, mandar un certero tiro al arco, en el extremo superior. Aún con sus cuarenta y tantos años auestas, lo respetaban por sus quiebres de cintura y sus ingeniosas fintas. Su experiencia era motivo de orgullo del Colegio Cristiano Los Olivos, lugar donde se desempeñaba como entrenador de fútbol.

Hoy verlo allí, como un trozo de árbol putrefacto al cual nadie presta atención, me deprimió. Todo era tan fúnebre. Me senté cerca, en la acera. Estaba hermético en mis pensamientos, cuando escuché un ruido, una especie de zumbido de palabras ondulando en mis oídos, y descubrí que un grupo de muchachos bien vestidos despertaba a Barbosa para burlarse de él. Parecían divertirse a plenitud. Lo empujaron con los pies, como a una masa fofo. La ira se apoderó de mí cuando uno de ellos se abrió el pantalón, y le orinó el rostro. Barbosa respiraba lentamente. Con un resoplido de fuelle descompuesto, dio muestras de vida. Elevó sus ojos amarillentos y tan sólo lo oí decir en voz baja:

–¿Por qué?

¡En medio de una explosión de fuerzas ocultas me lancé sobre ellos! ¡Los golpeé a los tres! Aturdidos por la sorpresiva reacción, me miraron inquisitivos. Se levantaron de uno en uno. Trataron de volver sobre mí. Imagino que mi mirada de indignación, mirada de loco capaz de todo, los persuadió.

–¿Quién eres tú?– me preguntaron a los gritos. No importa– les contesté algo más calmado.

–Lo que importa es quién es él. Ese viejo tirado allí, es el gran Moacyr Barbosa, el mejor portero de fútbol que ha parido Brasil. Su primer portero negro. Ese es Barbosa, el hombre condenado por todos, por no atajar a los uruguayos en el mundial del 50. Es el Maracaná. Es el Vasco y es Ypiranga. ¡Barbosa es un dios renegado! – les grité.

Los muchachos escucharon y bajaron sus rostros. Algo sucedió en ese momento. Ya no estaban desafiantes, sino que empezaban a retraerse, y a apaciguarse... Ese momento fue un siglo.

Me acerqué al maloliente Barbosa. Lo traté de incorporar, pero tan sólo pude sentarlo. Despertó totalmente. En su rostro percutido se asomó una luz. Esa mañana, su redención final llegó, cuando los muchachos lo levantaron, y le pidieron un autógráfico. Con lágrimas en los ojos los cuatro percibimos un dejo de brillantez en Barbosa, una pequeña alegría cambió su cara. Una luz en medio de la nada iluminó al negro Moacyr, quien ya no se movía más.

En la ruta 20 de Paraíso

Por la ruta 20 de Paraíso sube Cipriano arrastrando la bolsa de comida y los chécheres que le quitó a su familia. Todos saben que cuando bebía, la furia lo descontrola y se deshace en gritos violentos. Su situación era hartamente conocida. El rostro se le desfiguraba y empezaba la metamorfosis. Los pómulos le sobresalían. La nariz hinchada y rojiza daba pie a unos labios de baba larga. Sus ojos a media persiana, y la cabeza balanceándose, eran signos inequívocos de su estado. El cuero curtido del cuello con horizontes de sol y sudor añejo, eran la evidencia de una vida sufrida.

Ahora Cipriano Moreno, vaga sin vida, sin alma, arrastrando su bolsa ruidosa, levantando polvos rojizos. A lo lejos se le distingue como un miserable andrajo que camina. Su sombrero a la pedrada, ya no lo es más. Es una máscara destejada y hedionda a polvo y licor.

Tinita quedó mirándolo a lo lejos. La acompañan sus cuatro niños. Estaba nuevamente embarazada y sus sentimientos eran encontrados. El hombre con el cual alguna vez se sintió feliz, era un recuerdo. Esa figura que se veía a lo lejos, no era la sombra de aquel apuesto joven que un día se apareció bien vestido al rancho y con voz sólida le dijo al viejo: -¡Me la llevo! Mucho tiempo había transcurrido desde entonces.

En esa ocasión el viejo lo quiso probar, y con machete en mano lo retó a un duelo. Cipriano desarmado, aceptó el desafío, porque si algo tenía claro era su amor por Tina. El viejo descubrió en su mirada esa luz de hombre dispuesto a todo. Bajó el arma y con resignación sutil, le aceptó la petición. Eso sí, a cambio de que la cuidara. Se llevaba a su única hija. Tina y su madre espiaban por las rendijas del rancho. Ella, aún con un dejo de miedo, pero con determinación, empezó a guardar sus humildes pertenencias en una bolsa de mercado.

Ahora Tina, adolorida aún de los golpes de la noche anterior, de pie, en la puerta, llora amar-

gamente; al tiempo que agradece al cielo, que su Cipriano se marche para siempre. Ya no vería platos rotos ni vasos lanzados en la madrugada, ni peticiones de comida al despertar de la borrachera, ni sentiría el odioso resoplido de locomotora vieja, cuando la babeaba mientras la forzaba a satisfacerlo. Ni los niños serían más testigos de todo aquello.

El tiempo pasó. No se supo de él. Esa madrugada de mayo, mientras Tina despertaba a los chicos para ir a la escuela, escuchó la noticia urgente. El Expreso del Oeste, cayó desde el Puente de Las Américas. Fueron más de veinte metros hasta dar contra el suelo. Hierros retorcidos y sangre era lo que describían. Todo Panamá estaba consternado. Ese bus partió puntual de La Chorrera como todas las mañanas. En la lista, mencionan a Cipriano Moreno. Algunos sobrevivientes lloran mientras narran su horror. Tina se deja caer en el suelo de tierra. Palidece. Se toma de los cabellos y llora. Lo hace como una niña sin consuelo. Lloro intensamente y lo llama desde su corazón. Lloro a su Cipriano. Lloro por el tiempo que pasaron juntos y por su propia infancia entregada a ese hombre. Los niños la abrazan y lloran con ella. Sus quejidos le brotan desde adentro. Un dolor profundo la abate, porque ya no le guarda rencor. Y las heridas y los golpes ya no duelen. Lo creía olvidado. Lo ve arrastrando su bolsa. Pero, también lo ve hermoso y perfumado, desafiante ante su padre. Y ella dignamente apretada a él, dispuesta a vivir la vida, aunque no fuera en un paraíso.

Tomado de Gonzalo Menéndez González, **El síndrome y otros cuentos**, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

GONZALO MENÉNDEZ GONZÁLEZ. Ha sido un lector asiduo desde joven. Una novela y un libro de poesías inéditos sirvieron de preámbulo a su producción de cuentos. La labor constante en un taller literario dirigido por el reconocido escritor Carlos Fong, le ha permitido disciplina literaria. En diciembre de 2010, le fue otorgada la segunda versión del Premio Signos de Minicuento "Rafael De León-Jones" con la obra *El síndrome y otros cuentos*.